

Yacimientos arqueológicos en el término de Gavilanes



DAVID MARTINO PEREZ

Séneca, en el siglo I, dijo que "nadie ama a su patria por ser grande, sino porque es suya". Unamuno, ya en nuestro siglo, nos dice que "la Historia Universal podría escribirse desde Brianzuelos de la Sierra", y yo añadiría que desde el mismo Gavilanes, refiriéndome al hecho de que la historia pequeña o local también influye en la llamada Gran Historia, esa historia que abarca planetas, naciones, universos, épocas centenarias, culturas, artes, ciencias, imperios, etc.

La Arqueología, como la Historia, a la cual va unida indisolublemente, ha tenido dos formas, dos estilos y dos hechuras diferentes: la gran Arqueología, aquella que hacen los grandes profesionales con mejor o peor fortuna y que a veces, precisamente por la amplitud de los temas, olvida el dato preciso y deja a un lado esa pequeña historia arqueológica donde generalmente se encuentran los datos y raíces más interesantes de la historia de un pueblo. La pequeña Arqueología, la historia local, suele nacer de la mano de aficionados y estudiosos de

esta ciencia que suplen con entusiasmo y cariño lo que el profesional desecha por baladí.

Está vedado a los pueblos y a los hombres renunciar a su propia historia, así como relegar o proscribir el pasado, porque, aquí y ahora, la historia de nuestro Gavilanes no sólo es la estructura económica y social actual de sus habitantes, sino también todos aquellos datos que la arqueología define y atestigua desde la noche de los tiempos. Puedo asegurar, a veces sin determinaciones o especificaciones de nombres y fechas concretas, que el término de Gavilanes, desde los tiempos prehistóricos y protohistóricos, tuvo población, hecho que se evidencia por los continuos hallazgos de útiles, herramientas, castros, monumentos, villas romanas, asentamientos visigodos, vestigios árabes y poblados medievales.

Los necesidades y aspiraciones del presente se entenderán siempre mejor si conocemos bien nuestro pasado. Muchas, demasiadas cosas que nos identifican como gaviLANIEGOS y que conforman las señas de identidad de nuestra vida social, no tendrían

explicación y a veces justificación, si precindieramos del conocimiento del pasado histórico-arqueológico, de aquellos rasgos fundamentales que han ido configurando nuestra idiosincrasia y memoria colectiva a lo largo de los años. La historia, por pequeña que sea, no debe ignorarse y menos aún olvidarse. Con tal pretensión trataré, a través de esta conferencia, de dar a conocer los fuentes arqueológicas gavilaniegas, en todas las épocas, hasta el presente. Con ello podrán ponerse las bases para un mejor conocimiento de nuestra historia, porque "el pueblo que no sabe su historia es pueblo condenado a su irrevocable muerte", según sentenciaba D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Repararemos, si Vds. me lo permiten, durante la hora siguiente, aquellos datos y descubrimientos arqueológicos que nuestro término nos ofrece. Descubrimientos que estoy seguro que depararán a profesionales e interesados gratos hallazgos relacionados con aquellos antepasados nuestros que poblaron estas tierras en pretéritos tiempos, desde el Paleolítico hasta nuestros días.

MARCO GEOGRAFICO Y PROTOHISTORICO

El origen primero del marco geográfico de Gavilanes es el mismo del primitivo Gredos y de toda la Meseta Castellana. Un gigantesco bloque del viejo conjunto granítico, surgido en el último plegamiento paleozoico, que queda convertido en una penillanura durante el Mezozoico. Es en este período cuando la Cordillera Central se rejuvenece y forma un "Horst" de extrema y pronunciada falla hacia el Sur. Un posterior hundimiento del Valle del Tiétar crea fuertes pendientes y desniveles de hasta 1.500 metros en el Puerto de Mijares, que llega a los 2.300 del Cabezo, acentuando la asimetría aún más de las dos vertientes Norte y

Sur de la Sierra, hasta llegar a la altura media del valle, que está entre los 250 y 350 metros a lo largo de todo el recorrido por el río del mismo nombre.

De 12 a 14 metros por encima del nivel del río se extiende una terraza fluvial que reposa sobre materiales del Terciario medio, cantos del Oligoceno.

El valle es de creación y formación "reciente" y debe su existencia a fenómenos derivados de la evolución de las llanuras que ocupan la depresión del Tajo. Un conjunto de sedimentos terciarios rellenan, al final del Mioceno, la depresión por la que discurre el río, haciendo de colector fluvial las gargantas endorreicas que depositan sus aluviones en la llanura. Posteriormente, avanzado el Plioceno y principios del Cuaternario, todo el macizo se inclina hacia el Oeste, desarrollando una copiosa red fluvial, a la vez que una gran masa de aluviones terciarios, que había relleno la depresión del Tajo, se desplaza de Sur a Norte. El Tiétar se moverá libremente por esta pequeña llanura terciaria, encajándose en ella por epigea.

Es en este momento cuando aparece y comienza la protohistoria de Gavilanes. Han transcurrido ya millones de años. Nuestro valle, cubierto entonces por un lago o mar interior, se ha ido lentamente desecando hasta convertirse en una extensa y pantanosa ciénaga donde pastan gigantes mastodontes, diplodocus y otros herbívoros; acechando desde las pequeñas alturas o en las laderas de la montaña, monstruosos carnívoros, prestos a cazarlos y devorarlos. Todos ellos, no se sabe aún por qué causa, se extinguen en un momento dado.

Han transcurrido otros cuantos millones de años y ahora nuestro Valle y montaña los habitan ya animales más parecidos a los que hoy conocemos. El clima ha cam-

biado a Gredos en un inmenso y gélido glaciario, sólo interrumpido por vegetación tipo sabana en el Valle. Algunos mammoth, rinocerontes de narices tabicadas, equos, elefantes, bisontes, uros, cérvidos, etc, vagan de un lado para otro en busca de pastos y comida. Desde lo alto de un cerro, un ser que anda erguido sobre sus dos extremidades inferiores observa y pacientemente espera el momento oportuno para cazarlos: es el *Homo sapiens*.

Uno de estos bípedos, el primer "gavilaniego" o "gavilaniense" -si nos atenemos a la terminología de los paleontólogos- del que tengamos noticia, pierde o desecha por inservibles tres útiles líticos encontrados por mí en el monte El Cerro. El primer objeto es un guijarro preparado para su utilización, es decir, metamorfosado en "útil". Al núcleo se le ha facetado o tallado en su mitad inferior para poder ser agarrado mejor por la mano. Este útil sirvió a nuestro primer antepasado para machacar los grandes huesos de sus víctimas y comer la rica y proteica médula del interior. Los otros dos son sendas hachas de granito a las que se le ha rebajado una banda en su parte media para mejor enmangarlas. Así entramos en la primera datación histórica-arqueológica de Gavilanes y sus industrias paleolíticas.

EL PALEOLITICO

Desde hace varias décadas parece firmemente establecido que los primeros "hominidos" vivieron y evolucionaron en el Sur y Este del continente africano. Allí, los numerosos hallazgos paleontológicos muestran cómo, entre cuatro y dos millones de años antes del presente, ciertos "australopithecus" evolucionaron hacia el género "Homo", documentándose desde hace dos millones de años sus primeros representantes de *Homo habilis* y medio millón de años

después los primeros de *Homo erectus*.

Paralelamente a la evolución biológica se desarrolló la manufactura de los primeros útiles líticos. Hace un millón y medio de años, coincidiendo con los primeros *Homo erectus*, surgieron las industrias achelenses en aquellas regiones. Es posible pensar que, desde fechas anteriores al millón de años, el hombre habría alcanzado ya el norte de África, de lo que podemos colegir que ya en el Pleistoceno Inferior el hombre pudo extenderse por Europa. Pero no será hasta comienzos del Pleistoceno Medio, hace 700.000 años, cuando las industrias líticas, y por tanto la presencia del hombre, parece que comienzan a generalizarse.

Los restos conservados en los yacimientos del Paleolítico consisten en utensilios líticos (bifaces, hendedores, triedros, lascas retocadas, etc). Estos conjuntos de piedras reciben el nombre de "industria", correspondiendo a estos tiempos el nombre científico de achelense. El Paleolítico Inferior coincide en su desarrollo con el Pleistoceno Medio, entre 700.000 y 150.000 años antes del presente. En sus últimas fases experimenta procesos de diversificación que se concretan en las industrias del Paleolítico Medio. En esta última etapa pueden diferenciarse un período antiguo y otro medio. En Gavilanes, y a semejanza de toda la cuenca del Tajo (Pinedo-Toledo), mis hallazgos se reducen a la terraza fluvial del Tiétar, Montañas y El Cerro con presencia de cantos trabajados, bifaces, raederas, raspadores, lascas, etc.

Los primeros pobladores paleolíticos que se establecieron en las tierras vecinas al Sistema Central, posiblemente siguiendo a las grandes manadas de ungulados, fueron esencialmente cazadores, siendo esta actividad su base económica fundamental. El desarrollo cultural fue en gran medida acompañado de una optimización de la misma. Que la caza fue la actividad princi-

pal de los grupos humanos del Paleolítico Superior, en detrimento de la recolección de productos vegetales, es algo que está suficientemente confirmado por el análisis y estudio de su industria lítica, y que el término de Gavilanes no es una excepción a este hecho lo prueban estos útiles aquí mostrados y encontrados por mí en los lugares antes reseñados.

EL NEOLITICO

El término Neolítico (de la piedra nueva), por oposición a Paleolítico (de la piedra antigua), fue acuñado por John Lubbock en 1865 para denominar una fase cultural caracterizada por la aparición del pulimento de la piedra frente a la simple talla, propia del Paleolítico. Fue, por lo tanto, un elemento material el que permitió diferenciar por primera vez esta nueva etapa. Actualmente se considera, sin embargo, que éste y otros adelantos técnicos no son en realidad más que una consecuencia del factor del cambio consistente en el establecimiento de nuevas relaciones entre el hombre y el medio ambiente. Hasta entonces las comunidades humanas se habían visto obligadas a practicar la caza, la pesca o la recolección con vistas a su supervivencia, mientras que ahora serán capaces de producir sus propios alimentos. Este cambio de una economía depredadora a otra productora es lo que viene conociéndose como "revolución neolítica" y se asienta sobre dos bases fundamentales: la agricultura y la ganadería.

Tres parecen ser las causas de esta revolución neolítica: la primera, los cambios climáticos en todo el orbe conocido con la secuela de desertización y transformación de los modos de vida. La segunda causa fue el aumento de población y su expansión demográfica fue el motor de la neolitización y causa que conduciría a la explotación de

áreas marginales a las utilizadas hasta entonces, en las que diversas poblaciones intentaron cultivar las plantas que antes recolectaban en otras zonas, reservando un determinado número de animales para las épocas malas. Y la tercera y última pudo ser la evolución cultural de ciertas comunidades humanas que llevaría aparejado un profundo conocimiento del hábitat, empezando de forma insensible a domesticar los animales (perros, vacas, cerdos, cabras, ovejas, etc) y a cultivar diversas plantas, fundamentalmente los cereales, trigo, cebada y avena.

En el inicio de la revolución neolítica, el hombre se encuentra en un momento propicio para la transformación de su economía, ya que es un cazador y recolector muy especializado. La adopción de los nuevos procesos productivos convertirá a unas comunidades en agricultores y a otras en sociedades de tipo mixto. Entre los nuevos materiales de esta revolución neolítica podemos citar también la utilización de la cerámica, del telar y fundamentalmente el pulimento de la piedra. La aparición del utilaje lítico de superficie pulimentada implica una mayor resistencia que las del sílex o la cuarcita de época paleolítica, ya que el pulimento permite la utilización de rocas muy duras. Las conocidas hachas pulimentadas que se inician en este período se han puesto en relación no sólo con armas ofensivas o de caza, sino también con útiles de trabajo de la tierra para desforestación de nuevas áreas, desbroce y obtención de leña, así como para la consecución de nuevas tierras de cultivo.

Nuestra región, por estas fechas, estaría cubierta de frondosos bosques de robles, alcornoques, avellanos, abedules, tejos, pinos y otras coníferas. El valle, no desecado aún del todo, es un inmenso cazadero de cérvidos, caballos, suidos, bóvidos y caprinos. En una de estas excursiones venatorias

un gavilaniego o gavilaniense, si nos atenemos a la terminología de los paleontólogos, pierde (para mi buena suerte que la encontraré 10.000 años después en Los Linares) una hermosa hacha pulimentada. Estos paisanos nuestros del Neolítico eran bastante descuidados, pues vuelvo a hallar, en las estribaciones del Cerro y Fuente Copo, dos lascas bifaces de sílex empleadas para desollar pieles, un cuchillo de pedernal blanco purísimo, un hacha de cuarcita y, por fin, en Las Torres, otra hacha pulimentada y un molino de cazoleta. Testimonios de este período he hallado también, más alla de Gavilanes, en la Cueva del Castañarejo de Ramacastañas (Arenas de San Pedro).

CALCOLITICO/COBRE

Aunque desde siempre el hombre prehistórico parece haber sentido atracción por los metales nativos (oro, plata, cobre), conservando en su poder pepitas a modo de curiosidades y hasta modificándolas parcialmente para convertirlas en objetos de adorno personal, únicamente consideramos inaugurada en puridad la Edad del Cobre cuando las comunidades humanas alcanzaron la producción de metales como resultado de un proceso de fundición del mineral en estado nativo,

La fundición es un hecho tecnológico complejo, a cuyo conocimiento debió de accederse, tras un dilatado período de experimentación, a partir de un hecho casual: la observación de que ciertas piedras de colores llamativos (malaquitas, cupritas, etc) experimentaban una curiosa metamorfosis en contacto con el fuego, resultando de ella unas masas escoriáceas con inclusiones metálicas, como las del cobre nativo.

El descubrimiento de la metalurgia debió de realizarse de formas diversas, por ejemplo, a través de la fusión accidental de ciertos carbonatos de cobre -malaquita,

azurita- que eran utilizados como objetos de adorno. El trabajo del metal pudo limitarse en un primer momento a una labor de simple martillado sobre cobres nativos, pero no adquirió su verdadero sentido hasta que no se empleó la fundición. Con esta técnica la pieza que se desea conseguir deja de estar sujeta a las restricciones de forma y tamaño impuestas por la piedra, pudiendo conseguir el artesano el diseño deseado con la simple elaboración de un molde en arcilla o piedra. Por otro lado, al enfriarse el metal adquiere gran dureza y resistencia, por lo que irá sustituyendo progresivamente al resto de los materiales en la fabricación de útiles y sobre todo de armas.

En un teórico proceso evolutivo, cobre, oro y plata, serían los metales más empleados en la primera fase del desarrollo metalúrgico, perfeccionándose luego el sistema mediante su extracción a partir de minerales menos puros o mediante su mezcla con otros, como el estaño. Esta aleación -cobre y estaño- dará lugar a un nuevo metal, el bronce, que además de tener un punto de fusión más bajo que el cobre, posee al enfriarse una mayor resistencia y dureza.

La presencia de estos materiales innovadores en las tierras de Gavilanes tampoco son ajenos a las mismas. En las laderas de Montañas, en El Cerro y en Fuente Copo hallé en superficie varios materiales de esta época: un hacha plana, un cuchillo de hoja ligeramente curva, algo afalcatada, exclusivo del sureste y de la cultura del Tajo, también tres flechas de hoja de laurel y pedúnculo para su empuñadura, otra punta de flecha lítica tallada y un puñal del mismo material, así como varias piedras de molinos barquiformes.

Tataré de explicar a continuación dos hallazgos o descubrimientos inéditos y excepcionales en todo el valle del Tiétar. El primero se encuentra en la dehesa de Canto Gordo (¿será éste el canto gordo que le da

nombre?) junto a un arroyo paralelo al de las Tres Cruces, a unos cien metros de una villa romana y a trescientos del río Tiétar. En medio de la llanura, entre encinas centenarias, se alza este monumento megalítico, llamado menhir. Es la única roca granítica, solitaria, en toda la pradera. Vista desde el Sur, se asemeja a una gran cabeza de perfil con medidas de 2 ms. x 1,5 x 1,5 de alto. En su cara Sur, se observa una serie de grabados o inculturas simbólicas de la figura humana: por una lado la forma simple del cuerpo está representada con símbolos cruciformes. La segunda variante es más compleja, la figura se dibuja ahora con brazos y piernas. En su cara Oeste se repiten las estilizaciones antropomorfas cruciformes y a los lados sendas cazoletas. Sobre la cabeza, en la parte superior, vuelven a alternarse cazoletas y símbolos cruciformes (Fig. 1).

De los alrededores del menhir tengo en mi poder un colgante-idolillo en placa de pizarra (me lo entregó, hace años, el guarda de Canto Gordo, Ceferino "Patarrotá" q.e.p.d.). Se trata de una pequeña placa de pizarra, material escaso en el valle del Tiétar, lo que me hace pensar su posible importación de la margen derecha del Tajo, donde es frecuente y abundante. Lleva grabado en arte esquemático, por una de sus caras, la representación de un dios, un hombre o mujer. En la parte superior, unos ojos redondos, radiados y expresivos dentro de sus simples rasgos, y el resto de la placa se dedica a la representación del vestido, realizado con rayas horizontales y triángulos rayados (Fig. 2). Esta interpretación tiene en cuenta, sin duda, el relieve que poseen en los cultos antiguos, bien documentados históricamente, las vestiduras rituales de imágenes. El caso más claro es el de los peplos y túnicas de Atena en la Acrópolis de Atenas. Todo el cuadrante suroeste peninsular, portugués y extremeño, constituye el dominio de los ídolos-placas



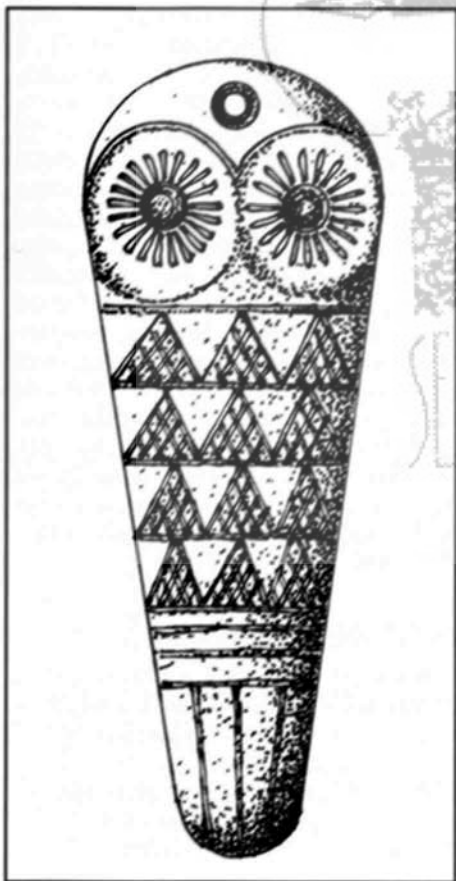
Fig. 1

desde el IV milenio, desde los que pesan un kilo y más a los que se pueden colgar del cuello a modo de escapulario. Cualquiera que fuera su significado, estos ídolos-placas tienen en común el diseño de los ojos como discos radiados, coincidiendo puntualmente con los soles incisos en cuencos y cazuelas de la cerámica de Los Millares. Esos ojos-soles hacen vislumbrar la posibilidad de que los antiguos vieran en la divinidad a que pertenecían una personificación del disco solar.

El segundo descubrimiento, y creo que es el único hasta ahora en la zona oriental del valle del Tiétar, consiste en una estructura funeraria fechada a partir del III milenio y que son conocidas en general como dólmenes. Está situado en una pequeña elevación o cerrito a orillas del arroyo Robledo, en la dehesa del mismo nombre colindante con la de Canto Gordo y a unos 200 metros del río Tiétar, entre encinas, con una posición claramente pensada para des-

tacar y ser visto desde todos los alrededores cercanos. Se le conoce en Lanzahíta como "Sepulcro del Moro", lo que me dio una pista para su descubrimiento. El dolmen "Sepulcro del Moro" corresponde al grupo de los denominados "sepulcros de corredor", tipo prácticamente exclusivo del megalitismo de la meseta Norte y Sur del Tajo. Consta de una cámara circular y un corredor orientado al Sur. Los ortostatos o piedras del círculo están caídas, aunque

Fig. 2



algunas de ellas se mantienen en el lugar original de la cámara. El corredor, en cambio, se encuentra casi intacto en sus dos hiladas de lajas y mojones. Alrededor de la cámara se aprecia la acumulación de cantos rodados formando una masa compacta. Otros cuatro círculos de cantos forman sendos círculos alrededor de todo el complejo.

Los dólmenes, como Vds. saben, son monumentos construidos por la mano del hombre y empleados como enterramientos de una o varias personas, lo que implica cierto grado de jerarquización y organización social, en los cuales se deposita el cuerpo o cuerpos de los muertos, colocando al lado de ellos determinados materiales, el ajuar que se piensa que puedan necesitar en la nueva vida de ultratumba, urnas, hachas, ídolos, puntas de flechas, cuchillos, punzones, etc., y en casos excepcionales pulseras y torques de oro. A mi juicio, el dolmen del "Sepulcro del Moro" se enmarca en la dinámica del megalitismo de la meseta Sur, incidiendo en la tendencia de sus cámaras circulares y corredor desarrollado y ratificando la unidad en la concepción arquitectónica con sus homólogos de la vecina provincia de Toledo: dólmenes de Azután, La Estrella, Navalcán, etc.

Creo que la importancia de estos dos descubrimientos en el valle del Tiétar puede considerarse excepcional, porque hasta el presente solo se conocía un posible antecedente (destruido) en Villanueva de la Vera, aparte, claro está, del ya documentado por mí en El Castrejón de La Iglesuela (Toledo).

EDAD DEL BRONCE

En los anteriores apartados habíamos dejado a nuestro "abuelete gavilaniense" del Neolítico recorrer con su hacha de piedra pulimentada al hombro las serranías, montes y valles a la caza de animales salvajes. Ahora, el nuevo cazador-recolector, sin

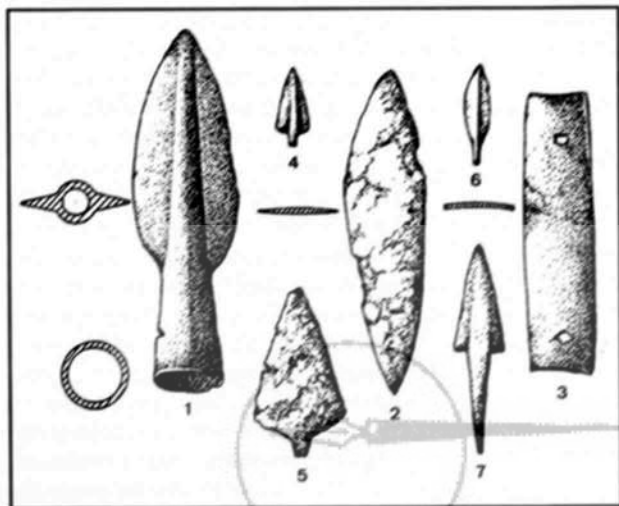


Fig. 3

abandonar del todo sus útiles líticos, usa ya y se sirve del nuevo y revolucionario metal, el bronce, mucho más ligero, más cortante y, por ende, más eficaz para sus necesidades venatorias y guerreras.

Un gran avance se logra al mezclar cobre y estaño en ciertas proporciones. El hallazgo no puede ser más espectacular; ha nacido un nuevo metal: el bronce, que dará su nombre a toda una cultura que abarca en nuestra Península desde el año 1800 a. de C. hasta el 700 a. de C., dividida en Bronce Antiguo, Bronce Medio y Bronce Final. El Bronce Antiguo (1800-1500) y Bronce Medio (1500-1200) hispanos podrían hacerse coincidir con las fases inicial y plena de la célebre cultura de El Argar en el Sureste y, sin tantas dudas, el Bronce Final (1200-700) con las colonizaciones fenicias en el litoral tartésico y la irrupción por el norte de la Península de las oleadas de gentes incineradores que conocemos como Campos de Urnas, y finalmente, en las tierras occidentales, el influjo del denominado

Bronce Atlántico, que desembocará en nuestra provincia en la cultura de Cogotas I o Proto-Cogotas I, con sus bellas cerámicas incisas.

En este momento, los antiguos habitantes del llano (mesolíticos, neolíticos y eneolíticos) se enriscan, como ya lo hicieran en el Paleolítico, para defender mejor sus cosechas y enseres, creando una próspera e incipiente cultura metalúrgica, añadiéndola a la antigua agrícola y pastoril. Y esto es así en Gavilanes, donde creo haber descu-

bierto un pequeño hábitat en el llamado "El Cerro". De este lugar son los útiles y armas siguientes de mi colección. Una hermosa punta de lanza de bronce, nervio central muy acusado, aletas planas, tubo cónico abierto de arriba abajo con una muesca transversal para su sujeción. Un puñal del mismo metal, foliáceo y doble filo. Un bronceo brazal de arquero con dos orificios en los extremos por donde pasaría la tira de cuero que lo sujetaba al brazo; y diez puntas de flecha, también de bronce, tipo palmeta unas y otras con aletas con pedúnculo (Fig. 3), aparte de ciertas cerámicas tipo "Cogotas I", así como varios molinos barquiformes.

EDAD DEL HIERRO

La Edad del Hierro se inicia con la incorporación del nuevo metal, o mejor, de armas e instrumentos elaborados con el mismo al bagaje material de los pueblos protohistóricos. Dicha incorporación, no obstante, no fue simultánea en todos los lugares, y pienso que en Gavilanes, al estar

situado en la meseta inferior, no llegaría la nueva corriente hasta avanzados los siglos VII o VI a. de C.

La metalurgia del hierro se iniciaría en nuestro pueblo con la explotación, bien documentada por mí, del rico yacimiento de La Mina, que perdurará en distintas fases durante la celtización y romanización hasta llegar a la Alta Edad Media.

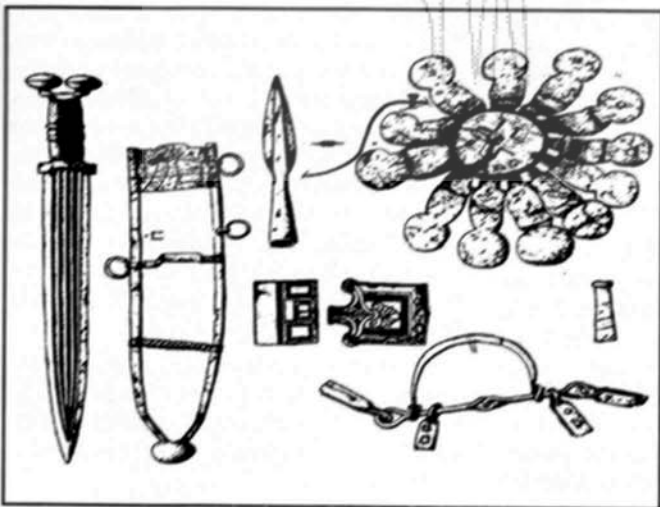
Gentes nuevas, centroeuropeas de raza aria, los genéricamente llamados celtas, han ido penetrando paulatinamente y en grandes oleadas durante los siglos VIII al V a. de C. en ambas mesetas, superponiéndose a los indígenas, culturalmente más atrasados que los recién llegados. Una rama del gran árbol céltico, los vettones, se asientan en nuestro valle. Según Estrabón, este pueblo pertenece a la gran tribu lusitana, y ya en el siglo VI a. de C. ha conseguido asentarse firmemente a ambos lados de la sierra de Gredos y parte de la meseta superior, extendiéndose por la inferior hasta el río Tajo como frontera con los carpetanos, oretanos

y otros varios pueblos celtiberos. Nuestros antepasados, los vettones, son gente de la llamada cultura hallstática o campos de urnas. Sus ocupaciones son la ganadería y la guerra. Adoran a las fuerzas naturales, al Sol, la Luna, los ríos y fuentes. Sus templos están al aire libre en los claros de los bosques y las cumbres de las montañas. Sus poblados los construyen en las cimas de cerros de fácil defensa. Tienen por costumbre incinerar los cadáveres, depositar las cenizas en una vasija y acompañadas de sus más queridas pertenencias, armas, adornos, etc. enterrarlas bajo un pequeño túmulo de piedras y cantos.

Dos son los poblados o castros descubiertos por mí en los alrededores de Gavilanes. El primero es un hábitat bastante extenso, de casas circulares, que ocupa toda la cumbre amesetada de La Pinosa. Defendido por el Oeste por la escarpada vertiente que mira a la garganta de Mijares, creo ver por su lado Sureste los restos de una muralla que lo defendería por la única parte vulnerable. El segundo poblado, ya en nuestro término municipal, está enclavado en el ya mencionado El Cerro. Rodeado

todo él por una empalizada o muralla cubierta ahora de tierra, pero perfectamente visible en todo su perímetro. En la vertiente Sur, en la ladera de los dos montes que forman el cerro, muy cerca de una fuente romana allí existente, una excavación de extracción de arcillas y tierras para cerámicas bastas, destruyó hace ya muchos años una necrópolis de incineración. Desparramada por

Fig. 4



todas partes se puede ver aún cerámica incisa, tipo Cogotas II, y restos de diferentes caharros. Tengo en mi poder un precioso cuenco de carena alta y dibujos incisos de segueados, rayas y ondas. También logró recuperar el ajuar metálico de un guerrero, compuesto de espada de antenas atrofiadas, vaina, pinzas, macho y hembra de un broche de cinturón, bocado de caballo articulado y umbo de un escudo radial (Fig. 4). Todo ello fechado, por sus características, en el siglo IV a. de C.

Otro lugar habitado en estas fechas por nuestros antepasados es el denominado La Mina, donde he recogido en superficie cerámica de labios exentos, gran cantidad de mazas de hierro y un par de hachas de talón.

Así, pues, nuestro pueblo, enclavado en el área vettónica, tendría no sólo relaciones y contactos con los castros vecinos de su misma cultura -El Raso, Ulaca, Cogotás, Osera, Sanchorreja, etc-, sino me atrevo a afirmar que también lo tendría con otros pueblos peninsulares, muy especialmente con los del Sur, donde se trasladarían como soldados mercenarios o pastores transhumantes. Influjo reflejado en el dibujo de la placa de cinturón: un nudo de Hércules de neta cultura tartésica o turdetana. Con lo cual tenemos ya nuestro primer "emigrante" conocido, costumbre o necesidad transmitida hasta nuestros días.

EPOCA ROMANA

A mediados del siglo II a. de C. los romanos toman contacto por primera vez con la nación vettona y, por ende, con la tribu que habita nuestra sierra y valle. Ya en el 193 una coalición de carpetanos y vettones, al mando de su caudillo Hilerno, al intentar levantar el cerco de Toledo, es derrotada y su jefe hecho prisionero. Al año siguiente, los mismos vettones, conducidos

por Púnico y aliados de los lusitanos, invaden la Bética, saqueándola y retirándose después con rico botín a la sierra. En el 155, el pretor Manilio dirige una expedición de castigo, destruyendo varios castros y devastando sus campos. No cabe duda de que gente de nuestra región lucharía en estas acciones, ya por sí solos o federados a carpetanos, vacceos y lusitanos. Durante la guerra lusitana vemos a los vettones integrados en la gran confederación lusitana dirigida por el caudillo Viriato, que en una de sus invernaadas en el valle del Tiétar es asesinado junto al Mons Veneris y enterrado en una colina plantada de olivos. A partir del 125, aplastada la sublevación y terminadas las guerras sertorianas, César obliga a los indígenas a abandonar las montañas y los instala en el llano, comenzando así la romanización.

Nuestras tierras, pobres en cereales, poco o nulo interés tendrían para los nuevos amos, que se limitaron a seguir explotando el hierro y plomo de la La Mina. En este lugar, y en un labrado propiedad de mi familia, existe un pequeño poblado minero con muralla aún visible limitando el camino al río Tiétar. Recogí allí hace años un capitel estilo dórico. También son de este poblado un conjunto de cerámica sigillata y un as ibérico de la ceca Celse, así como un denario de Trajano y varios semis altoimperiales y bajoimperiales. Por toda la cima del cerro hay desparramados restos de sigillata, cerámica iberorromana, tégulas y gran cantidad de mazas de piedra de minero, que por la gran abundancia de estos útiles y la siembra de escoriales por toda su superficie me hace pensar que la explotación duraría hasta el Bajo Imperio y más allá.

Encontré otras monedas, estas bajoimperiales, en el tantas veces mencionado El Cerro, donde perduraría el hábitat vettón, ligeramente romanizado, hasta muy avanzada nuestra Era.

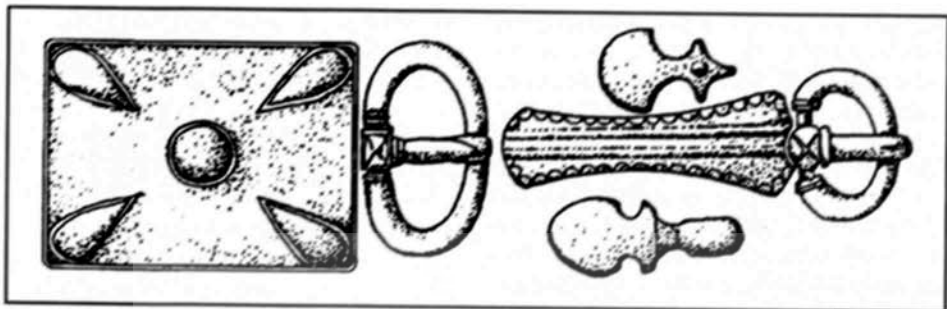


Fig. 5

Dos "villas" más he documentado en Gavilanes. La primera se asienta sobre un pequeño cerro a la izquierda del camino de la Mina que baja al Tiétar. El labrado es propiedad de mi buen amigo Santiago Sánchez, quien me mostró una urna cineraria de plomo encontrada por los obreros que procedían a limpiar de maleza la finca. Por toda la superficie se ven tégulas imbricadas, piedras labradas y cerámica. La segunda está ubicada dentro de la explotación del vivero de la dehesa de Cantogordo, a unos 200 metros del río Tiétar y sobre una meseta con ligera elevación sobre el cauce del río. Ramón, capataz de la explotación, me mostró un molino de mano, monedas y otros vestigios encontrados al plantar los árboles. También son abundantes por todo el área restos de sigillata hispánica, ladrillos, cerámica y tégulas correspondientes a un asentamiento tardorromano o visigodo.

Hemos de mencionar también el "Antonino" hallado por Anastasio en el derribo de una casa del pueblo. Apareció esta moneda en los escombros y revuelta con otros resellos del siglo XVI, sin contexto datable alguno, por lo que pienso que bien puede ser hallazgo casual de algún habitante que la guardó como recuerdo o antigualla. Sería magnífico, de todas formas, que el actual Gavilanes, ya en el siglo III, hubiese sido un asentamiento romano.

Otro vestigio romano es la pequeña calzada que, atravesando todo el término de Oeste a Este, y conocida como El Ramal, enlazaría la calzada de Ramacastañas y Puerto del Pico con la de los Toros de Guisando. Este "Ramal", que discurre por todo el valle, se ramifica a la altura de Las Tres Cruces y, serpenteando, sube hasta el Puerto de Mijares, baja a Burgohondo y enlaza con Avila. Existen restos de un puente sobre la garganta de las Torres, en el lugar llamado Rodaja. Construido con mortero de piedras rodadas y guijarros, bien pudiera haberse realizado en época romana.

Cinco son, pues, los vestigios romanos constatados, sin lugar a dudas, en nuestro término: La Mina (2), El Cerro, El Ramal, Cantogordo y, sin seguridad, el casco del actual Gavilanes.

EPOCA VISIGODA

Los últimos años del siglo IV contemplan el desmoronamiento del viejo y caduco Imperio. Pueblos jóvenes, los llamados *barbari* "bárbaros", cruzan las fronteras romanas, unas veces pacíficamente, como aliados, y otras violentamente, como enemigos, asentándose en grandes regiones del Imperio y formando nuevos reinos independientes de Roma o Constantinopla.

Uno de estos pueblos, los visigodos, oriundos de la actual Prusia, después de

recorrer durante un siglo la Europa oriental, saquean Roma y crean, con su rey Alarico al frente, un reino visigodo en el sur de Francia. Derrotado por el pueblo hermano de los francos, son expulsados de las Galias y, pasando los Pirineos, se asientan en Hispania, creando el reino visigodo de España, con Toledo por capital. Son invasores pocos numerosos (unos 20.000), integrados en masas de guerreros y campesinos que van asentándose en las villas romanas abandonadas, principalmente en las dos mesetas centrales, tomando como eje el Sistema Carpetovetónico.

Nuestro término municipal, con su rica vega y abundantes aguas, no quedó exento de uno de estos asentamientos. Justo a la izquierda de la iglesia del despoblado de Las Torres, en la parte que mira a saliente, existe una necrópolis visigoda. De este lugar son varios objetos de mi colección. Una placa de cinturón con incrustaciones o almedines de vidrio, una fibula de puente y restos de otras varias, otro broche de bron-

ce en forma de lengüeta estrangulada en el centro y varias piezas en forma de guitarra (Fig. 5). Estoy seguro que una excavación oficial del suelo de la iglesia descubriría en su totalidad la necrópolis. Dejo constancia aquí de ello a quien corresponda.

Esperando encontrarnos de nuevo ante tan grata compañía, sólo me resta deseárselos buenas noches y agradecer a todos ustedes su asistencia y atención. Muchas gracias.

Nota de Redacción.- Los restantes apartados no incluidos aquí, correspondientes a *Gavilanes en época musulmana*, *Repoblación cristiana* y *Libro de la Montería*, más *Gavilanes pueblo*, pueden consultarse con detalle en el libro del autor: *Historia de Gavilanes. Costumbres y Folklore*, Madrid, 1995.

(Conferencia celebrada en el Salón de Actos del Ayuntamiento de Gavilanes el 19 de octubre de 1996)

